

La hora de la biblioteca: los libros de Francisco de Miranda

Por *Mayke* DE FREITAS SANTOS*

Liber delectatio animi!

Viejo adagio griego

I

FUE UNA TARDE A FINALES DEL VERANO DEL 2005, cuando por primera vez pude ver y entrar a la casa de Miranda ubicada en Grafton Way. Dos pequeñas placas azules y otra color bronce un poco más grande con una inscripción sobre el Precursor de la Independencia americana me indicaron que había llegado a mi destino. Desde niño había querido cruzar el umbral de ese pequeño espacio y sumergirme en aquel mundo mirandino, visto siempre desde una fotografía, desde un libro. Al principio me sorprendió hallar la casa vacía. Con sólo dos salones decorados en la planta baja, las oficinas de la Agregaduría Cultural en el primer piso y la pequeña pero acogedora biblioteca, con su escalera de caracol, y la puerta que da hacia la antecámara del Salón Bolívar. Desde que entré por primera vez supe que tendría que buscar algo que me mantuviera unido a la casa, que me permitiera disfrutar de su soledad, ese aire como de pasado que se respira en sus paredes, a pesar del ruido de los carros y la bulla de los escolares. Algo que me asiera a la casa, y la opción perfecta era su biblioteca.

Sin recursos para atenderla y agrandarla, lucía como en un “desorden ordenado”, sin ningún tipo de orden científico pero con todos los libros en sus lugares. Aunque no se sabía con exactitud lo que había en ella, era fácil encontrar algún libro de historia o alguna guía turística sobre el Caribe. Sin darle más dilaciones a la tarea decidí ofrecerme para organizar la biblioteca. Lo que descubrí fue un microcosmos latinoamericano encerrado en un pequeño espacio londinense. Libros de literatura, historia, filosofía y arte, la exquisita Biblioteca Ayacucho, el archivo del general Miranda en su primera edición, y la segunda, llamada *Colombeia*. Libros de derecho y una estantería completa dedicada a Miranda y Bolívar en diferentes ediciones y autores. Sin embargo

* Investigador en la Casa Memorial Francisco de Miranda, Londres.

había algo que me perturbaba cada vez que visitaba la casa, ¿qué habría pasado con la vasta biblioteca que alguna vez había llenado dos enormes cuartos de la misma?

Conocía muy bien la historia de la casa. Todo lo que había pasado para que el gobierno venezolano la adquiriera y estuviera como está, congelada en el tiempo. Las vicisitudes de la *Colombeia* tampoco eran extrañas para mí: cómo fue encontrado el archivo mirandino por William Spence Robertson en Cirencester, y adquirido luego para la nación venezolana por don Caracciolo Parra Pérez. Sabía también de la tragedia de los restos de Miranda perdidos en Cádiz y la dificultad de encontrarlos en un futuro no muy lejano. Pero no sabía nada sobre la biblioteca. No había leído nada en lo absoluto sobre ella, salvo referencias muy vagas acerca de su existencia. Sin embargo era eso lo que más me intrigaba, ese silencio en los libros sobre una parte tan importante de la vida del Precursor. Páginas y páginas enteras escritas sobre su vida, sus viajes, sus mujeres y, en algún texto perdido, una pequeña alusión a la biblioteca. Buscando entre los libros de la casa encontré uno escrito por Carlos Pi Sunyer llamado *Patriotas americanos en Londres*. Uno de sus capítulos estaba dedicado a la biblioteca del Precursor. Fue ahí donde me enteré que había sido subastada. Que constaba de más de seis mil volúmenes que ocupaban dos habitaciones de la casa, que Miranda la había ofrecido en prenda para conseguir el dinero para la última de sus expediciones, que una parte de la biblioteca había sido donada a la Universidad de Caracas. Todo habría marchado normalmente en mis planes en Londres y habría continuado organizando la pequeña biblioteca y disfrutando de la casa si no fuera porque Pi Sunyer escribió lo siguiente: “como algunos de ellos siguen existiendo [se refiere a los libreros que estuvieron presentes en la subasta], quién sabe si aún fuera posible rescatar algunas de las obras olvidadas de la biblioteca”.¹

Un frío día a comienzos de diciembre decidí pasar por la casa a saludar y ver qué podía seguir haciendo, sin pensar mucho en la idea de la biblioteca. Algo, o alguien, me convenció ese día de que tenía que iniciar la búsqueda. Sin los libros no era más que una casa vacía, tan sólo un objeto. Para recrear sus viejos tiempos necesitaba la prueba de su validez histórica, y eso era la biblioteca; la justificación y la

¹ Carlos Pi Sunyer, *Patriotas americanos en Londres*, Caracas, Monte Ávila, 1978, p. 59. La biblioteca y los catálogos de Evans ya habían sido investigados por dos de nuestros más ilustres escritores, Pedro Grases y Arturo Uslar Pietri, en *Los libros de Miranda*. Lo que he pretendido es partir del punto donde ellos se quedaron, y así lo he hecho.

prueba fehaciente de que Francisco de Miranda en realidad había vivido e inventado un nuevo mundo ahí, *in situ*. Tal vez podía aparecer aunque fuera un libro, que una vez adquirido por el gobierno podría ser parte de la colección de la casa, o sencillamente una pequeña placa en la biblioteca que dijera “La valiosa colección de libros de la que alguna vez fuera una casa de las ideas del continente”.

2

LA única pista que tenía sobre la biblioteca eran los catálogos de las subastas. El nombre del subastador era Robert Harding Evans, nacido en 1778 y muerto en 1857. Hijo de Thomas Evans, fue educado en Westminster. Saltó a la opinión pública inglesa al subastar la biblioteca del duque de Roxburghe. Se dedicó al negocio de los libros casi toda su vida, de esto queda una prueba testimonial: sesenta tomos que contienen datos sobre todas las subastas que realizó a lo largo de los años en dicho negocio, incluida la de Miranda, con los nombres de los compradores en cada una de ellas e inclusive los precios de venta de los ejemplares. En el índice de fuentes de su libro, *Vida de Francisco de Miranda*, William Spence Robertson dice que los catálogos se encontraban en el Museo Británico. Sin embargo, todos los libros y manuscritos que formaban parte de la colección del mismo fueron transferidos a finales del siglo pasado a la Biblioteca Británica, una vez que ésta terminó la construcción de su nueva sede. Fue así como de la noche a la mañana me vi sentado en la silla número 3 109 de la Sala de Lectura de Humanidades de la Biblioteca Británica, buscando unos libros de los que no sabía nada antes de pisar Londres, y de los que nunca imaginé, luego de empezar la investigación, sería tan difícil encontrar alguna pista. A continuación hago la relación de lo que hasta hoy he encontrado.

La colección de libros de Miranda fue considerada en su época como una de las más completas, llegando a valorársela en una cifra aproximada de 9 000 libras esterlinas, lo que actualmente sería superior a 700 000 libras. Sin embargo, por sí solos, algunos de los ejemplares que conservaba Miranda superarían esa cifra. La mayoría de los libros de la biblioteca hoy día son joyas de bibliófilos (en realidad ya lo eran en la época de Miranda). Para dar una idea véanse algunos datos sobre uno de los libros más raros de la colección: *La Biblia Sacra Poliglotta*, salida de las prensas del maestro Plantin en Amberes entre 1569 y 1572, en ocho volúmenes, bajo el auspicio de Felipe II, y de la cual sólo se imprimieron novecientos ejemplares. El texto de la misma

estaba en hebreo, caldeo, griego y latín. Se le conoce como la *Poliglotta de Amberes*. Dice Evans en el catálogo de la primera subasta que Miranda le había agregado el texto mejorado de la Biblia de Montanus y algunos apócrifos. Su nombre en latín es *Biblia Sacra Hebraice, Chaldaice, Graece, & Latine, Philippi II. Reg. Cathol. Pietate et studio ad sacrosanctae Ecclesiae usum Christoph. Plantinus excud. Antuerpiae*. Se conservan dos ejemplares completos en la Biblioteca Británica, más dos copias del tomo seis y una del tomo ocho. Sin embargo, las ediciones raras no son el único valor de esta colección. De mucho más alcance y profundidad es el valor sentimental que ésta tiene para Venezuela. Fruto de treinta años de viajes por el Viejo y Nuevo Mundo, la biblioteca llegó a abarcar lo más refinado del pensamiento del siglo xviii. Descartes, de quien Miranda debió haber leído las *Meditaciones metafísicas* y el *Discurso del método*. Rousseau, a quien devoraría no una, sino un sinnúmero de veces, desde la *Eloísa*, pasando por el *Emilio* hasta *El contrato social*, que Miranda debió haber confrontado con el *Leviatán* de Hobbes, en un afán por divisar la validez de ambas teorías en el ámbito americano. Virgilio, poeta de cabecera de Miranda, quien según él mismo deleitábase en leer las *Bucólicas* cuando el clima londinense lo privaba de salir de casa. Los veintiocho tomos de la *Enciclopedia* seguramente fueron parte de los más preciados libros del Precursor, así como otros de los colaboradores de esta magna obra: Diderot, D' Alembert, Marmontel, Le Breton, Condillac, Daubenton, D' Holbach, Jaucourt, Montesquieu, Quesnay, Turgot, Voltaire, La Condamine, Lenglet-Dufresnoy, Bourdeu, Saint-Lambert, Tronchin, Fenouillot de Falbaire, Morellet etc. De estos últimos destaca Marmontel, cuya obra *Los incas o la destrucción del Imperio del Perú*, junto a los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso, catalizaron los planes de gobierno del Precursor en sus bosquejos sobre el Incanato. Montesquieu, cuyo *Espíritu de las Leyes* sin duda es la base tanto de la separación de poderes como de la originalidad y adaptación de dichos planes a las realidades de la América Meridional.² Entre los ingleses Bacon, Dryden, Paine, Thomas More, Edmund Burke, Shakespeare, Milton, Lyttelton, Bryan Edwards, Gibbon, Pope, Locke. Mención especial entre éstos tienen los filósofos utilitaristas James Mill y Jeremy Bentham. La amistad entre estos dos y Miranda fue sumamente cercana; Mill llegó a escribir artículos

² Al respecto, léase “Los fundamentos de una teoría de la patria continental en el pensamiento de Miranda”, en Carmen Bohórquez Morán, *Francisco de Miranda: precursor de las independencias de América Latina*, 3ª ed., Caracas, El perro y la rana, 2006, pp. 321ss.

tanto en defensa de la independencia hispanoamericana como de Miranda en *The Edinburgh Review*;³ de éste decía que era un profundo admirador de Bentham y que planeaba, llegada la oportunidad, instaurar un código de leyes benthamiano en la América Meridional.⁴ Bentham y Miranda se visitaban asiduamente. ¿Que ha leído Miranda de Bentham? Encontramos en los catálogos el *Draught of a Judicial Code* que no debe ser otro que el *Draught of a Code for the Organization of Judicial Establishment in France*, publicado en 1790 y dirigido a la Asamblea Nacional, en el cual Bentham hace una crítica del borrador presentado por el comité de la Asamblea en asuntos judiciales, considerada una de las obras maestras del filósofo. *Situation and relief of the poor*, de 1788, es un estudio sobre la pobreza en Inglaterra en el cual el filósofo propone la creación de una base de datos de la población que vive en condiciones de pobreza, para la implementación de casas de trabajo y el famoso diseño del *Panopticon*, el cual le costaría años de trabajo y una fortuna. También están *A plea for the Constitution* y *Scotch reform*, de 1803 y 1807 respectivamente; ambos son ensayos críticos sobre el sistema de leyes. En *Scotch Reform* Bentham critica la falta de visión de la reforma escocesa y desarrolla, de manera clara por primera vez, las ventajas de un procedimiento bajo el cual la parte acusada debería ser llevada a juicio sin dilación. Otra de las obras es *On political tactics* (1791), en ella Bentham esboza las seis reglas más importantes que deben ser observadas en una asamblea política, así como el proceso de toma de decisiones y un análisis comparativo de su aplicación en los sistemas inglés y francés. ¿Era Miranda un utilitarista? En cierto sentido sí. La supresión del impuesto *per capita*, aplicado a los indios, que aparece en su proyecto de gobierno de 1790, es sin duda una aplicación del “máximo bienestar para el máximo número de personas”. Pero más allá de esto, sólo una revisión profunda de los archivos de Bentham y Mill y su posterior comparación con los archivos mirandinos nos permitirían entrever cuán decisiva fue la influencia de ambos filósofos en el pensamiento político del general.

Por lo que se refiera a la colección de libros en español, ésta es más que interesante. En los catálogos figuran la *Historia natural y moral de las Indias* de José de Acosta, mejor conocido como el cura evolucionista por sus precoces aportes a la teoría de la evolución mu-

³ *The Edinburgh Review*, ediciones de enero y julio de 1809 respectivamente.

⁴ Alexander Bain, *James Mill: a biography*, Londres, Longmans Green & Co., 1882, p. 79.

cho tiempo antes de Darwin; el *Gobierno del comercio de los españoles con sus colonias en las Indias Occidentales* de Rafael Antúnez y Acevedo; los *Secretos de agricultura* de fray Miguel de Agustín; varias ediciones en castellano de la Biblia, entre ellas la traducción del padre Scio; la interesante *Floresta española de apotegmas* de Melchor de Santa Cruz; el *Ensayo de los sinónimos* de Manuel Dendo y Ávila; la *Fortuna de amor* de Frasso, obra sumamente rara de encontrar; la *Biblioteca Española, Económico-Política* de Juan Sempere y Guarinos, que no es más que una crítica al “despilfarro” que España hizo de los recursos extraídos de América. La *Historia de México, con el descubrimiento de la Nueva España* de Francisco López de Gómara, obra llena de inexactitudes históricas, al punto que la edición perteneciente al Inca Garcilaso estuviera llenas de anotaciones y correcciones hechas por él, y que obligó a Bernal Díaz del Castillo a escribir la *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*. No faltaban las obras de Cervantes: *Galatea*, *El Quijote* (dos ediciones), *Novelas ejemplares*, *Persiles y Segismunda*, *Viaje al Parnaso* etc. *Musa Décima* de Sor Juana Inés de la Cruz. La *Crónica de los moros de España* de fray Jaime Juan Bleda, por sólo nombrar algunas de las obras en castellano. Muchas otras sobre táctica militar, jardinería, música, arte, política, filosofía etc. En fin la esencia misma del Siglo de las Luces. La necesidad de saber, y saber sobre todo. Miranda pudo despertar en sus contemporáneos admiración u odio en forma extrema, pero siempre tanto entre sus enemigos como entre sus admiradores existió un profundo respeto por su persona; esto se debe a la inmensa sabiduría que acumuló a lo largo de tantas y tantas lecturas. En barco, en la tienda de campaña al lado de los sitios de batalla, en carruaje, en la cárcel con una pequeña botella de veneno esperando su ejecución o sencillamente sentado en un sillón de su casa en Grafton Way.

Evans subastó la biblioteca por orden de Sarah Andrews, la viuda del general Miranda. Los motivos para que Sarah la vendiera fueron más que justificados. Al mirar cómo se alejaba el carruaje por la callejuela de piedras, Sarah, recostada en el marco de la puerta principal, debió suspirar profunda y desconsoladamente por lo que se alejaba de ella y de la casa aquella tarde veraniega del 14 de junio de 1828. El cochero, de nombre George, acababa de recolectar las veinticinco bolsas con la primera remesa de los libros que Robert Harding Evans, el librero, había ya catalogado en la propia casa del Precursor, y que serían subastados en el mes de agosto de ese mismo año en el número 93 de Pall Mall. Viejos recuerdos se agolpaban en su memoria. Hacía algún tiempo que venía deshaciéndose de muebles, enseres y un sinfín

de objetos para poder mantener los gastos de la casa y los suyos propios. Pero la biblioteca era distinta de todas aquellas cosas. Ella y sus hijos habían hecho todo lo posible para que alguno de los gobiernos de las nacientes repúblicas la adquiriera, conservándola como un todo para las generaciones venideras. Todo fue infructuoso. El único gobierno que mostró interés fue el chileno, por mediación de su cónsul en Londres, quien conocía a cabalidad la biblioteca, por ser amigo de don Andrés Bello. En 1820 había recibido la respuesta del ejecutivo chileno, el cual le hacía saber que por motivos de precariedad presupuestaria era imposible adquirir la biblioteca, siendo otras las prioridades que dicho gobierno tenía que atender con sus pocos recursos fiscales. Al principio Sarah trataba de evadir las casuales visitas de Evans, en las que éste le aconsejaba lo beneficioso que sería para ella obtener algún dinero que la ayudara a salir de la gravosa situación económica que vivía. El tiempo y los acreedores hicieron lo demás. Primero, quedó en la más absoluta de las soledades. Luego, el golpe de la muerte de su hijo menor, fusilado después de la Batalla de Cerinza. Senil, con un sinfín de penurias a cuestas y una casa llena de viejos y gloriosos recuerdos, se decidió a darle la autorización final a los albaceas testamentarios para la subasta de la biblioteca del general. Que nadie se atreviera a hablarle de más sacrificios, porque de sacrificios había vivido. Su conciencia estaba limpia. Hizo lo que pudo por salvar la biblioteca de su amado Francisco.

La primera de las ventas se hizo en julio de 1828 y la segunda en abril de 1833.⁵ Los catálogos han sido revisados por varios historiadores, entre ellos William Spence Robertson, Caracciolo Parra Pérez, Carlos Pi Sunyer, Pedro Grases y Arturo Uslar Pietri. Ambos contienen 1 851 lotes a subastar, a su vez cada lote contenía la mayoría de las veces más de una obra, y cada una de éstas consta a veces de más de un libro. Podríamos calcular aproximadamente 2 254 obras y 5 062 volúmenes. A continuación pondremos un ejemplo de cómo estaban distribuidos los libros en cada catálogo:

609) Tooke's History of Russia to Catherine the Second, 2 vol. 1800. Tooke's View of Russia during Catherine reign, 3 vol. 1800. Tooke's life of Catherine the Second, 3 vol. 1800.

⁵ “*Catalogue of the valuable and extensive library of the late general Miranda Part the First, which will be sold by auction by Mr. Evans, on Tuesday July 22, and the two following days, 1828*”. Y “*Catalogue of the second and remaining portion of the valuable library of the Late General Miranda, which will be sold by auction by Mr. R. H. Evans on Saturday, April, 20 and the three following days, 1833*”.

En este lote 609 del segundo catálogo (1833), se hace mención de tres obras, la primera consta de dos volúmenes, la segunda consta de tres volúmenes y la última hace mención a otros tres volúmenes. Sin embargo en la subasta se vendieron como un solo lote. Es decir, un lote, tres obras, ocho volúmenes.

A esto hay que añadir que en muchos lotes, luego de la obra que encabeza se añade “y otras más”, sin que se indique el título ni el número; por último debemos agregar la colección de clásicos griegos y latinos (49 obras y 126 volúmenes) que, como parte de una disposición testamentaria, Miranda legó a la Universidad de Caracas. Esto nos da una cifra aproximada de 3 000 obras y 6 000 volúmenes. Pero es sólo una aproximación.

En algunos casos los catálogos abundan en descripciones bastante precisas de las obras. Veamos el siguiente ejemplo:

49) Longus, *Amours de Daphnis et Chloé, with plates after the designs of the Duke of Orleans, and additional plates at the end. John Wilke's copy, with his autograph, in red morocco, with morocco lining, 1718.*

El libro mencionado en este lote lleva consigo una descripción detallada del ejemplar a subastar. Grabados (*plates*) diseñados por el duque de Orleans, grabados adicionales al final del libro, el autógrafo de John Wilkie, encuadernado en cuero de Marruecos (hecho de piel de carnero, especialmente utilizado en las tapas de libros y la fabricación de zapatos). Cubierta (*lining*) del mismo tipo de cuero etc. Si dicho ejemplar se encuentra en algún catálogo posterior al de las subastas de Evans, es fácilmente identificable. Sabemos en este caso que dicho ejemplar fue comprado por John Bohn, del cual ya hemos comenzado a recabar datos bibliográficos. Un gran porcentaje de los libros tienen una descripción parecida. En otras oportunidades se mencionan los daños que tienen los ejemplares, lo que es el equivalente a una prueba de ADN en esta búsqueda. Muchos otros tienen autógrafos y, más importante aún, notas de Miranda.

3

ROBERT HARDING EVANS era bien conocido en los cenáculos de compradores y vendedores de libros de la época. Él, junto a otros libreros de Londres, proveía a Miranda de cuantas novedades literarias hubiera. Y así figura en una carta de Miranda con fecha del 28 de agosto de 1805, dirigida a los señores Turnbull y Vansittart, sus albaceas testa-

mentarios: “El saldo de mis cuentas con los libreros Dulau, White y Evans —las únicas que no han sido pagadas— se abonará en cuanto esté en condiciones de hacerlo. En todo caso, los libros que no se hayan pagado podrán ser devueltos a dichos libreros, de acuerdo con nuestro convenio”. Los tres señores mencionados por Miranda en esta carta, estuvieron presentes en las subastas de los libros, Evans como subastador y los otros dos como compradores. Sin embargo, por respeto a su memoria, los libros que el Precursor había destinado a la ilustre Universidad de Caracas según su testamento, fueron enviados a su destino gracias a los recursos que generó la primera subasta. Hoy reposan como monumento en la Biblioteca Nacional (extrañamente también sufrieron la desidia que perseguiría a todo lo relacionado con Miranda, estuvieron perdidos largos años en los estantes de la biblioteca y algunos desaparecieron; pero la mayoría aún está ahí, afortunadamente).

Evans no sólo dejó en perfecta encuadernación sus catálogos —los cuales fueron adquiridos por el Museo Británico en pública subasta realizada por la firma Puttick & Simpson en 1859—,⁶ sino que los acompañó con notas hechas en las subastas y en las que registra los nombres de los compradores y los precios alcanzados por los libros, de manos, quizás, del propio Evans como martillero. Hemos examinado los originales en la Biblioteca Británica. Las subastas se extendieron durante tres días en la residencia de Evans en el número 93 de Pall Mall, donde solía efectuar sus remates.

Según las anotaciones hechas por Evans, puede determinarse con exactitud en sesenta y tres el número de compradores presentes entre las dos subastas. El producto obtenido en las mismas fue la irrisoria suma de 1 125 libras esterlinas. Lo que se hizo con la biblioteca fue un acto de rapiña, de vandalismo. De los sesenta y tres compradores pueden identificarse a veintiocho como libreros o *booksellers*, ellos son: Priestley, J. Bohn, N. Bohn, Nattali, Dulau, Cochran, James, Calkin, Robinson, Salvá, Martin, Reinford, Torphe, Walker, Wilson, Rich, White, Baldock, Rodd, Beckley, Ballard, Davies, Wilks, Darling, Longman, Miller, Baldwin, Krimpton.

De los anteriormente mencionados identificamos a los siguientes:
 — Michael Angelo Nattali: tiene catálogos publicados entre 1833 y 1839, casi todos se encuentran en el Museo Británico.
 — John George Cochran (1781-1852): bibliógrafo y librero, fue uno de los editores alzados en Londres contra la Copy-right Act, en 1813.

⁶ Notes and Queries for readers and writers, 2nd S. VIII, Dec. 24 1859, page 524.

Desde 1827 hasta 1835 fue editor del *Foreign Quarterly Review*. Luego el *Caledonian Mercury*, en Edimburgo. Por último catalogó la biblioteca de sir Walter Scott en Abbotsford. El fin de su vida lo dedicó a trabajar como bibliotecario en la London Library.

— John Martin (1791-1855): bibliógrafo, librero, bibliotecario en Woburn, en 1836. Publicó, en 1834, un catálogo con el nombre de *Catalogue of books privately printed*. Escribió una historia de Woburn y una descripción de las iglesias de Bedfordshire en los periódicos locales.

— Jorge Walker (1789-1861): novelista, librero en Londres y editor de música entre los años 1789 y 1847; publicó romances y versos entre 1792 y 1824.

— Robert Baldock (1789-1861): librero primero en el número 7 de St. Agnes Place, Old Street, y después en el famoso número 85 de High Holborn. Si bien no es mucha la información bibliográfica sobre él, tiene varios catálogos de libros.

— Robert Baldwin (1780-1858): editor y librero en Bridge Street, Blackfriars, desde 1806 hasta 1810, y en Paternoster desde 1810 hasta 1821, fecha en la cual se fusiona con otra firma para crear Baldock, Cradock and Joy. Bajo esta firma comienza a editar el *London Magazine*; sin embargo parece que la empresa no funcionó y en 1822 se volvió insolvente. De ahí en adelante lo vemos como custodio de mercancía (*stock keeper*) en The Company of Stationers desde 1834 hasta su muerte, sus últimos años los vivió en Cumberland Place, Westbourne Grove North.

— Horatio Rodd: hijo de Thomas Rodd, conocido librero de Londres. Se le conoce como vendedor de libros a partir de 1800 junto con su hermano Thomas, no sabemos si bajo el mismo negocio del padre o independientemente; en el número 2 de Great New Port St. Soho, hasta 1819. A partir de esta fecha lo conocemos como comerciante de arte e impresor, en el número 3 de Panton St. Haymarket desde 1831 hasta 1833. No sabemos si fue Horatio o su hermano Thomas quien estuvo presente en la subasta, puesto que sólo figura en los catálogos el apellido de los compradores, lo que sí sabemos es que no fue el padre, pues murió en 1822. Después de 1833, Horatio se muda a Filadelfia, donde publicó un catálogo de libros raros y dibujos ilustrativos de Shakespeare (*Catalogue of rare books and prints illustrative of Shakespeare*, 1849) y otros trabajos.

— Richard Priestley: librero en el número 143 de High Holborn, desde 1808, hasta 1836. Tiene catálogos publicados desde 1801 hasta 1836.

— Príncipe Cimitile: este curioso personaje, presente en una de las subastas, era el embajador plenipotenciario de las Cortes de Nápoles ante la Corte de St. James.

— Joseph Calkin: socio de la firma Budd & Calkin hasta 1828, luego Calkin & Budd, en el número 122 de Pall Mall. La firma se especializaba en catálogos de música.

— Vicente Salvá: éste es el único librero español presente en la subasta, aparte de Sebastián del Riego, que no era librero, o por lo menos no con la formalidad de los otros. Salvá era exiliado a causa de la persecución contra los liberales impuesta por Fernando VII luego de su vuelta al trono. Vivía en Londres para la época de la primera subasta. Fue el más próspero de todos los exiliados españoles en Londres, su Librería Clásica Española, ubicada en Regent Street, fue abierta en 1824 y resultó ser todo un éxito, pues en esa época el interés del público inglés por lo hispanoamericano era creciente debido a la independencia de las colonias de España; la posibilidad del comercio con estas ex colonias obligaba a los comerciantes ingleses a buscar información acerca de las costumbres, el comercio, la cultura de España. Esto trajo como consecuencia una moda por los libros españoles y americanos que Salvá supo aprovechar con su librería en pleno centro londinense. Sólo estuvo presente en la primera subasta, la de 1828, puesto que para 1833 ya había mudado su negocio de libros a París. Entre los títulos comprados por Salvá tenemos: *Guzmán de Alfarache*, de Alemán; *Chronica do Emperador Clarimundo*, *Storia Naturale di Spagna*, de Boules; *Galatea*, de Cervantes; *Castiglione*, *El cortesano*, de Boscán; *Comentarios do Grande Alfonso D'Albuquerque*; *Code Militaire*; *Memorial pour la Fortification de Paris*; el *Diccionario Numismático General para la perfecta inteligencia de las medallas antiguas*, de Andres de Gusseme; *La historia de Gibraltar*, de Ayala; *Secretos de agricultura*, de Agustín; *Biblia Vulgata Latina*, del padre Scio; el *Cavallero determinado*, traducido por Urrea; *Conservación de la salud de los pueblos*; el *Curso de Botannica*, de Ortega; *Santa Cruz, Floresta Española de apotegmas*; el *Ensayo de los sinónimos*, de Dendo y Ávila; *Los diálogos de varia Historia*; *Magistrados y Tribunales de España*, de Santayana y Postillo; *Biblioteca Española*, *Económico Política*, de Guarinos; *El hombre práctico*, de Gutiérrez; *El arte de escribir por reglas*, de Gurimberti; *Las meditações*, de Hervey; *La Historia Sagrada*, de Royaumont; *Historia del Scisma en Inglaterra*, de Ribadeneyra; la *Notizia del libri Rari*, de Haym; *La educación popular de los artesanos*; las *Cartas familiares*, de Islos; *Don Quixote de la Man-*

cha, de Cervantes, entre otros. En 1829 Salvá publicó un catálogo con todas las novedades que estaban a la venta en su Librería Clásica Española. Éste era el segundo catálogo que publicaba en su corta pero ascendente carrera como librero en Londres, el primero data de 1826. Haciendo un análisis comparativo de los catálogos publicados por Salvá (el de 1826 y el de 1829) pudimos hallar en el último algunos de los libros adquiridos por el ilustre español en la subasta de la biblioteca de Miranda. *El Guzmán de Alfarache*, de Alemán, por ejemplo, lo conseguimos en el catálogo de 1829 en la página 4, con el número de referencia 2 358; sin duda era el de Miranda, puesto que no aparece en el catálogo de 1826 y la descripción del libro es idéntica a la del catálogo de Evans. *La Chronica do Emperador Clarimundo*, de Barros, la encontramos en la página 12 del catálogo de 1829, número 2 449. El *Don Quixote de la Mancha*, edición de la Real Academia Española de la Lengua, 1780, 4 volúmenes, hojas doradas y grabados. Esta edición fue la primera en incorporar una introducción crítica a la obra de Cervantes, junto con una biografía del mismo, más un análisis de la novela, un estudio histórico-cronológico de las aventuras del Quijote y, por último, una serie de grabados de las aventuras del hidalgo junto con un mapa de España. Esta no sólo fue la más correcta y magnífica de las ediciones del Quijote, sino también la más memorable. Aunque ya en el catálogo de 1826 puede encontrarse un *Quixote* de la misma edición, las descripciones difieren, por lo tanto el mencionado en el catálogo de 1829 es el que Salvá adquirió en la subasta y que perteneció a la biblioteca del Precursor. El *Diccionario Numismático* lo encontramos en la página 94 del catálogo de 1829, número 3 120, y no se encuentra en el de 1826, por lo tanto perteneció a la biblioteca también. Los *Secretos de agricultura*, de Agustín, número 2 342. La *Biblia Vulgata* del padre Scio, número 2 465. *El Cavallero determinado*, de Urrea, número 3 369. Todas estas obras son las adquiridas por Salvá en la subasta y aparecen en su catálogo de 1829, un año después de la subasta de Evans.

La siguiente pista de los libros adquiridos por Salvá es más que interesante. En 1831 en comparación con la de otros españoles exiliados, la situación de la familia Salvá había mejorado bastante, gracias a las ventas y al prestigio de la Librería Clásica Española; pero algo no andaba bien, la familia se sentía lejos de casa y en un ambiente totalmente distinto a aquel que solía disfrutar en Valencia. En ese tiempo la comunidad hispana en París era mucho más numerosa que la de Inglaterra, y el ambiente parisino mucho más cultural y alegre que el bucólico y adocenado de Londres, y ambos hechos constituyeron un

atractivo irresistible para la familia Salvá luego de unas cortas vacaciones en la Ciudad Luz. Salvá, a pesar de lo bien que pudiera ir la tienda y de la aventura que implicaba mudar su residencia de la segura isla al convulsionado continente, decide tomar el riesgo y liquidar el negocio. Las cosas no salieron bien desde el principio. A pesar de los bajos precios en que Salvá estaba ofreciendo los libros de su *stock* a bibliófilos y clientes de la casa, las ventas no iban bien. Las deudas eran difíciles de cobrar y Vicente se quejaba de la costumbre inglesa de “no pagar”; no se encontraba un comprador ni para la casa ni para la tienda, y no habiendo marcha atrás en su determinación, se decidió a vender la primera perdiendo dinero. Decidido a liquidar la librería “como fuera”, acontece el golpe de suerte.

Un librero inglés, desconocido aún en el exclusivo cenáculo del mercado de libros de la época (1831), abrió una tienda especializada en obras antiguas en el número 4 de York Street, Covent Garden. Su nombre es Henry George Bohn (1796-1884): hijo de John Henry Martin Bohn (de este último tenemos suficientes pistas para presumir que es el J. Bohn que estuvo presente en la subasta, y nos ocuparemos de él a la brevedad),⁷ decidió iniciar su propio negocio luego de veinte años de trabajar para su padre, al negarse éste a compartir ganancias con él a través de una sociedad. Es decir, los libros que adquirió Salvá en la subasta pasaron a manos de este librero inglés, del cual tenemos datos biográficos y comerciales exhaustivos. Sabemos que además de librero fue editor. Entre 1831 y 1841 se mantuvo en el negocio de la compra y venta de libros de segunda mano. Hombre sumamente culto, hablaba cinco idiomas y era erudito en griego y latín. Su profundo conocimiento de la literatura europea —ganado en tantos y tantos viajes a lo más intrincado del continente en busca de rarezas bibliográficas que pudiera vender en el negocio de su padre a muy altos precios, debido a la escasez en Inglaterra de libros del continente ocasionada por las guerras y el bloqueo napoleónico— le hizo merecedor de ser reconocido como uno de los más importantes vendedores de libros de Londres en esa época. En 1841 publicó su *Guinea catalogue* de libros viejos (el cual aún no hemos revisado). En 1846 comienza a publicar sus colecciones más importantes: *Standard Library* (1846), *Scientific and Antiquarian* (1847), *Classical* (1848), *Illustrated* (1849), *Shilling Series* (1850), *Ecclesiastical* (1851), *Philological* (1852), *British Classics* (1853). Las series acumulan un total de seis-

⁷ Frank Arthur Mumby, *Publishing and bookselling: a history from the earliest times to the present day*, Londres, Jonathan Cape, 1930, p. 317.

cientos volúmenes. Hizo algunas traducciones para su *Classical Library* y produjo trabajos y compilaciones, incluyendo la reimpresión del *Bibliographer's Manual* de William Thomas Lowndes. A manos de este librero fueron a parar los libros mirandinos comprados por Salvá en el remate de 1828. Sin embargo, tenemos motivos para creer que quizás algunos de los libros adquiridos en la subasta pudieron escapar, junto con Salvá, a territorio francés. Especulamos, pues aún no hemos revisado ni los catálogos publicados por Henry Bohn, ni el publicado por Salvá luego de establecer su nuevo negocio en París. Además del inevitable hecho de que, por ser vendedor de libros, quizás muchos de ellos fueron vendidos en el ínterin. Su conocimiento sobre libros antiguos, muy bien demostrado en su edición del *Bibliographer's Manual* de Lowndes, lo puso en contacto con muchas distinguidas personalidades. Cansado de su éxito en 1864, cuando su hijo prefirió seguir los pasos de otra profesión, decidió vender la totalidad de sus existencias y derechos de autor de su biblioteca a Bell & Daldy por aproximadamente 40 000 libras esterlinas. Los derechos de autor más importantes y otros departamentos de la editorial fueron comprados por Chatto & Windus por otras 20 000 libras esterlinas; todos sus libros de segunda mano fueron vendidos en diferentes casas de subastas (ya le seguiremos la pista a estos libros también), lo que tardó más de cuarenta días por lo grande de la colección, haciéndole acreedor de otras 13 000 libras esterlinas. Los archivos de Bell & Daldy, una variante de George Bell & sons que funcionó como editorial en Inglaterra desde 1834 hasta 1986, se conservan aún hoy en la Universidad de Reading, bajo el número de referencia MMS 1640 3471. Lo que nos hace albergar la esperanza de seguirle la pista a alguno de los libros de la biblioteca mirandina.

Dato curioso dentro de los catálogos de Evans es la presencia de dos compradores con el apellido “Bohn”, gracias a esa coincidencia se les adjuntó la letra inicial del nombre para ser diferenciados por el martillero en la subasta. Tenemos entonces a J. Bohn y a N. Bohn. Del primero tenemos motivos para creer que es John Henry Martin Bohn (1757-1843), de ahora en adelante John Bohn, padre de Henry Bohn, el comprador de la Librería Clásica Española de Salvá. De la búsqueda que hemos mantenido en los diferentes catálogos electrónicos en Inglaterra, acerca de libreros y subastadores, se han desprendido cuatro nombres, a saber: John Bohn, Henry George Bohn, James Bohn y Frederic Bohn. Todos coinciden en fechas, ubicación y profesiones para ser tomados en cuenta como posibles compradores en la subasta. Los dos primeros son el padre y el hijo anteriormente

mencionados. De James Bohn es poco o casi nada lo que hemos podido investigar. De Frederic Bohn nada en lo absoluto. No obstante tenemos un catálogo impreso por John Bohn que se encuentra en la Biblioteca Británica: *A Catalogue of a valuable Collection of Books, in the French, Spanish, Portuguese, and Italian languages, both printed and in manuscript, on sale by J. Bohn. 1833*. El título nos sugiere una conexión con la subasta de Evans y, por ende, con los libros mirandinos. Sin embargo aún no hemos revisado dicho catálogo. Hemos descubierto también un libro que no se encuentra en los catálogos de Evans: *The Baskerville edition of Addison's works* (las obras completas de Addison, en una edición de Baskerville).⁸ Y decimos que no se encontraba en los catálogos por la sencilla razón de que fue sustraído de la encomienda que los llevaba de la casa en Grafton Way hasta Pall Mall el 14 de junio de 1828. El dato nos llegó a través de *The proceedings of the Old Bailey*, o el registro de procedimientos llevados a cabo por esta corte desde 1674 hasta 1834. En la transcripción del juicio que se llevó a cabo en contra de James Chapman, encontramos a Evans reclamando los libros:

I am a bookseller, and live in Pall Mall. These books were committed to my care, by the widow of General Miranda, for public sale; I did not see these at my house, but when the porter brought the books, and I went to look over them, these were deficient —they are the Baskerville edition of Addison's works.⁹

En la declaración hecha por el portero que Evans menciona pudimos conocer la fecha en que los libros pasaron de la casa de Miranda a la de Evans: “George Fearnecomb: I am a porter. I received these books at Mr. Miranda, on the 14th of June, 1828, and brought twenty-four or twenty-five bags of books to Mr. Evans”.¹⁰

⁸ Baskerville Press, John Addison, *The works of the late right honourable Joseph Addison, Esq.*, Birmingham, John Baskerville for J. & R. Tonson, 1761 Price: \$1,500. 4 volumes, 1g. 4to, engraved portrait, 2 engraved plates and 13 plates of medals; full contemporary diced calf neatly rebacked, red morocco labels; some wear and rubbing but generally a good, sound set. Gaskell 17.

⁹ “Soy vendedor de libros, y vivo en Pall Mall. Esos libros fueron confiados a mi cuidado, por la viuda del general Miranda, para ser vendidos en subasta; no los vi en mi casa, pero cuando el portero trajo los libros, y fui a tomar posesión de ellos, faltaban éstos, *Obras completas* de Addison, edición de Baskerville”. La traducción es mía.

¹⁰ “George Fearnecomb: Soy portero. Recibí esos libros en la casa del señor Miranda, el 14 de junio de 1828, y traje veinticuatro o veinticinco bolsas de libros a la casa del señor Evans”. La traducción es mía.

AÚN faltan muchos datos que recabar en esta investigación, pero por lo menos hemos empezado. Aún sigo sentado en la misma silla de la sala de lectura en la Biblioteca Británica. La búsqueda ahora me parece más oportuna que nunca. Un museo de ideas nos espera en el 58 de Grafton Way. Qué mejor regalo para aquellos que vayan al lugar donde una vez los sueños tuvieron lugar que la oportunidad de ver los libros que fueron motivo de inspiración no sólo para una América libre del yugo español, sino también de la ignorancia. Ahí se cultivaría el gran Bello y tal vez haría los primeros bosquejos mentales de su *Gramática*. Ahí un joven llamado Bernardo Riquelme se sentó a compartir lecturas con su soledad o con el mismo Precursor traduciéndole a Tácito o a Virgilio. Allí Bolívar, tal vez, se detendría a hojear la copia del *Emilio* de Rousseau, o el *Derecho de gentes* de Vattel, para reforzar en su mente los esquemas en su argumentación sobre la independencia de América, como un concepto, más que un capricho de blancos criollos amotinados contra la metrópoli.

Es un tributo para el mismo Miranda, incomprendido en su tiempo y puesto tras las rejas, que más que físicas, eran las rejas de la incompreensión. Eso fue lo que pasó aquella noche fatídica de 1812. Interrogó a Soublette. Es obvio que sabía qué hora era, es obvio que sabía que era muy temprano. Había pasado la noche en vela, seguramente. Pensando y repensando. Era obvio que era muy temprano para todo. Para la independencia, para Colombia, para el Incanato. Seguramente esa noche maldijo más de una vez la envidia y los chismes de corrillo que reptaban por todas partes en esa pequeña ciudad de la que había salido casi huyendo hace tantos años y en la que luego de tantos sacrificios seguían acosándole. Como si todavía fuera un blanco de orilla, un hijo de canarios, un don nadie. Como si no pesaran sobre sus hombros y sobre su uniforme aquellas estrellas ganadas en Francia y aquel leonino cabello blanco. Qué dirían de todo esto sus amigos. Y para colmo no estaba Rusia, no estaban Turnbull ni Vansittart, estaba solo; y ni siquiera contra España, sino contra aquellos bisoños oficiales de la naciente República. “Dígales que esperen”, contestó. Seguramente comenzó a vestirse sonriendo de perplejidad mientras movía su cabeza en actitud negativa; por supuesto que tenían que esperar esos mocosos, ineptos todos. En Francia hubieran terminado en la guillotina, en Rusia hubieran muerto de inanición en un cepo. Pensó en sus próximos pasos, casi sin pensar en lo inevitable, tenía pocas posibilidades de acción, los españoles llegarían en cualquier momento a tomar el puerto, era lo

lógico; Monteverde no respetó la capitulación. Ni siquiera el arrogante Napoleón hubiera cometido semejante salvajada. Pero esto era América, no Europa. Y a eso sí que no se acostumbraba. Trataría de persuadirlos de que lo importante era que todos se pusieran a salvo para luego arreglar el problema, lejos de las garras españolas. Sabía que si España lo capturaba sería el fin, no le perdonarían todas las humillaciones que a lo largo de treinta años le infligió a la Madre Patria. No le perdonarían la sobreprotección de Catalina, el exilio dorado en Londres, los títulos y el prestigio de la Revolución. Para España era un traidor y punto. Era el fin. Abrochó el último botón de la casaca. Abrió la puerta, distinguió a Soubllette, su joven ayudante de campo, entre las sombras con una lámpara en la mano. Lo tomó por la muñeca y alzó la mano con la lámpara. Los observó a todos, uno por uno. No pudo contenerse, la furia lo invadió, mocosos todos. El cabecilla del intento de rebelión era el joven Bolívar, el ricachonzuelo que fue hasta Londres a pedirle que los ayudara, que durmió en su casa, que con tanto fervor le habló de toda la admiración que por él sentía. El que había perdido Puerto Cabello, y con éste, la guerra. Sí, el mismo. Soltó la mano de Soubllette. Bochinche, bochinche...

La mesa estaba servida, se lo entregaron a España en bandeja de plata, y lo peor, a nadie le remordió mucho la conciencia. Al fin y al cabo quien había caído preso era aquel viejo pretencioso que se jactaba de haber estado al lado de los grandes de su época; pero que aún así seguía siendo para los caraqueños de envidia un blanco de orilla. Muchos años después, diría Bolívar ya Libertador, que Miranda había sido el más ilustre de los colombianos, frase que suena más a justificación con la historia y con él mismo que a un verdadero sentir. Para España fue el último bocado succulento que probaría en la mesa servida de la independencia. De ahí en adelante vería esfumarse de sus manos las prendas más preciadas de su imperio. Ése fue el legado, la obra. Incendiar el continente por los cuatro costados. Vaya que lo logró. Lástima que, como Moisés, no estaría ahí para divisar la tierra prometida.

Me levanto de mi asiento y dejo de pensar en esas historias, es inevitable en esta casa. Sí, hoy estoy en la Casa Miranda, no en la Biblioteca Británica. El sol cae más temprano que de costumbre en una tarde de invierno, y en el fondo de la casa comienza a sonar una flauta, ejecutada con gracilidad y soltura; es el general que ha pasado un día difícil y se relaja con una melodía de Haydn.